



Entrevista a Ana Iriarte Goñi, catedrática de Historia Antigua

María Secades Fonseca

Universidad de Oviedo. Miembro del Grupo de Investigación Deméter: Maternidad, Género
y Familia  

E-mail: secadesfmaria@uniovi.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5306-9464>

<https://dx.doi.org/10.5209/geri.102711>

Recibido: 12 de mayo de 2025 / Aceptado: 11 de junio de 2025

Resumen. La entrevista a Ana Iriarte Goñi traza un recorrido por su trayectoria académica y su pensamiento. Historiadora de la Antigüedad y catedrática en la Universidad del País Vasco hasta 2023, fue distinguida en 2024 con el Doctorado Honoris Causa por la Universidad de Oviedo. En este marco, la conversación se adentra en su formación en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (EHESS) de París y en la influencia de pensadores como Nicole Loraux o Jean-Pierre Vernant. Además, se abordan sus principales líneas de investigación –la religión cívica, el teatro ático, la alteridad, la identidad y el género en la Grecia antigua–, se destaca su papel pionero en el estudio de la voz femenina en la tradición clásica, y no se elude una reflexión crítica sobre el presente.

Palabras clave: Historia Antigua; religión cívica; teatro ático; estudios de género; cultura clásica.

[en] An Interview with Ana Iriarte Goñi, Professor of Ancient History

Abstract. The interview with Ana Iriarte Goñi offers an overview of her academic career and intellectual contributions. A historian of Antiquity and professor at the University of the Basque Country until 2023, she was awarded an honorary doctorate by the University of Oviedo in 2024. The conversation explores her education at the *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (EHESS) in Paris and the influence of scholars such as Nicole Loraux and Jean-Pierre Vernant. It also highlights her main research areas: civic religion, Attic theatre, otherness, identity, and gender in ancient Greece. The interview emphasizes her pioneering work on the female voice in the classical *tradition* and includes a critical reflection on the present.

Keywords: Ancient History; civic religion; Attic theatre; gender studies; classical culture.

Cómo citar: Secades Fonseca, M. (2025): "Entrevista a Ana Iriarte Goñi, catedrática de Historia Antigua", *Gerión* 43/2, 597-605.

Ana Iriarte Goñi es una distinguida historiadora de la Antigüedad y helenista. Fue catedrática de Historia antigua en la Universidad del País Vasco, donde ejerció la docencia hasta el curso 2022-2023. Además, en 2024, recibió el título de Doctora *Honoris Causa* por la Universidad de Oviedo, como reconocimiento a su excepcional trayectoria académica e investigadora.

La profesora Iriarte se formó en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (EHESS) de París entre 1976 y 1986. Durante esta década, recibió las becas predoctorales de la DGRST (*Académie de Paris*) y del Gobierno Vasco, gracias a las cuales pudo realizar una primera estancia de investigación en la Fondation Hardt (Vandoeuvres, Suiza) y culminar con éxito la tesis titulada *Parole énigmatique, parole féminine. Le langage figuré et quelques figures de l'énigme dans la tradition grecque*, dirigida por la emblemática helenista Nicole Loraux. Cabe señalar que entre los miembros del tribunal se encontraban Claude Mossé, Marcel Detienne y Carlos Millares.

Entre las materias especializadas que cursó en el *Centre Louis-Gernet de recherches comparées sur les sociétés anciennes* –perteneciente a la citada EHESS– destacan los seminarios de iconografía griega animados por François Lissarrague, así como los Cursos de Doctorado coordinados por Jean-Pierre Vernant y, posteriormente, por Pierre Vidal-Naquet, que acogieron en aquella época a invitados tan notorios como Moses Finley y los americanos Gregory Nagy, Marilyn Arthur, Charles Segal, Froma Zeitlin o Pietro Pucci, integrantes todos ellos del grupo de helenistas que impulsó la revista *Arethusa*.

A lo largo de su carrera, Ana Iriarte se aproximó a la Antigüedad griega desde tres grandes líneas de investigación en las que los mitos políticos del teatro ático fueron un referente permanente: la religión cívica, las nociones de alteridad e identidad y la cuestión de género. Tales fueron los ejes fundamentales de una extensa producción bibliográfica que incluye los siguientes libros: *Las redes del enigma. Voces femeninas en el pensamiento griego* (Taurus, 1990), *Democracia y tragedia. La era de Pericles* (Akal, 1996), *Safe. La poeta y su mundo* (Clásicas, 1997), *Los dioses olímpicos: edades y funciones* (con J. Bartolomé, Ed. Del Orto, 1999), *De Amazonas a ciudadanos. Pre-textos ginecocráticos y patriarcado en la Grecia antigua* (Clásicas, 2002), *Entre Ares y Afrodita. Violencia del erotismo y erótica de la violencia en la Grecia antigua* (con Marta González, Abada, 2008) y *Feminidades y convivencia política en la Antigua Grecia* (Síntesis, 2020). Además, por su relevancia didáctica, es de mencionar *Historiografía y mundo griego* (Servicio ed. UPV/EHU, 2011).

Gracias a una rigurosa labor investigadora, Iriarte Goñi consolidó su prestigio internacional realizando estancias en instituciones muy relevantes en la esfera de los estudios clásicos, como la ENS de Pisa (1993), el *Department of the Classics* de Harvard University (1996) y, de manera recurrente, el Instituto ANHIMA en el que quedó integrado el antiguo *Centre Louis-Gernet*. Asimismo, ha impartido cursos y conferencias en diversas universidades e instituciones culturales, entre las que destacan la ya mentada *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (1991), la Universidad de Buenos Aires (UBA, 2003, 2007), la Sorbona-París 1 (2004), la Universidad Federal de Río de Janeiro (2013), la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM, 2015) o la Universidad Jean-Jaurès de Toulouse (2016). Y destaca también su colaboración en comités científicos de prestigiosas revistas especializadas, como *Tempus*, *Studia Philologica Valentina*, *Hispania Sacra*, *Sociedades Precapitalistas*, *Revista de Historia Social*, etc.

El compromiso con la comunidad científica evidencia la calidad y el alcance de una obra que se sitúa en la intersección entre la Historia y la Antropología, entre la Filosofía y la Filología clásica. Su investigación ha sido pionera en el estudio de la Historia de las mujeres y del Género en la Grecia antigua, especialmente en lo relacionado con el estudio de la palabra y de la presencia femenina tanto en las fuentes literarias como en la iconografía. Desde una inteligente perspectiva antropológica, ha sometido a escrutinio la heterodoxia patriarcal, comparando los relatos oficiales con la realidad histórica para detectar jerarquías, pero también para desvelar convergencias y disyunciones. Así, su estilo de pensamiento, caracterizado por su complejidad y elegancia, invita a una lectura cuidadosa y reflexiva.

En definitiva, tanto la producción escrita de Ana Iriarte como su trayectoria académica son ejemplos de una excelencia que se ha forjado de manera gradual, sustentada sobre la base de una provechosa experiencia de formación. Su biografía intelectual se distancia de la exigencia de

inmediatez que prevalece en la academia contemporánea, donde el ritmo acelerado, centrado en obtener resultados rápidos, a menudo sacrifica la calidad. Sin duda, quienes estamos iniciándonos en el camino de la investigación admiramos enormemente a la profesora Ana Iriarte Goñi.

MARÍA SECADES. ¿Existe algún mito en particular que haya marcado su forma de percibir y entender el mundo?

ANA IRIARTE. Como es sabido, los diferentes mitos griegos alcanzan su pleno sentido en el contexto de la gran manifestación del genio heleno que es la mitología; es decir, el entramado de relatos transmitido por los aedos primero y, muy pronto, por los poetas líricos y trágicos cuyos destellos pueden distinguirse todavía en nuestras tradiciones literaria, científica y artística. Descubrir y considerar la articulación de dichos relatos al mismo tiempo entre sí y con respecto al contexto histórico que los genera es un ejercicio intelectual muy fértil que ayuda también a la hora de abordar nuevos entornos y relatos. Ahora bien, si debo elegir mitos concretos que me resultaron especialmente reveladores pienso en las parejas de diferentes y miméticos al mismo tiempo conformadas por Apolo con Casandra, por Clitemnestra con Agamenón y por este tirano, a su vez, con Casandra. El tratamiento que Esquilo da a estas figuras en su *Orestía* es soberbio. A mi entender, es un despliegue de agudeza mental impregnado de emotividad difícilmente superable. Posteriormente, durante una larga temporada, me fijé en la suprema creación que Sófocles consigue en su *Antígona*, conmovedora en muchos aspectos, si bien ninguna de sus escenas alcanza la fogosidad que en el *Agamenón* presenta la de Casandra, con las desatendidas visiones que esta profeta alterna con reflexiones sobre la guerra, la familia o las relaciones de Poder y de Género. Además, están sus desgarradores lamentos y, sobre todo, sus significativos silencios. La Casandra de Esquilo fue un punto de partida y un hilo de Ariadna a lo largo de años de estudio que desembocaron, por esa vía, en una publicación colectiva (París, 1999) con la propia Christa Wolf, autora de una *Kassandra* absolutamente feminista que triunfó en el panorama literario del pasado siglo.

¿Quién se lo transmitió o cómo llegó a usted?

En París, la mitología griega se nos hacía muy perceptible. Para empezar, el nombre de la ciudad ya nos resultaba evocador. Además, estaba la omnipresencia del arte en sus múltiples manifestaciones. Las vasijas de la Colección Campana en el Louvre, la pintura que se podía admirar en los palacios barrocos convertidos en salas de exposición, la escultura pública que salpicaba los jardines diseñados con esmero en el siglo anterior –sin ir más lejos, la imponente Casandra del jardín de las Tullerías, cerca de la de Teseo y el minotauro, la de Neso y Deyanira, la de Ártemis... Asimismo, hay que considerar las lecturas y debates culturales en los que estaba tan presente el psicoanálisis, disciplina “vectora”, si puede decirse, en el pensamiento parisino de la segunda mitad del siglo XX. Desde esta última perspectiva, se hablaba del Complejo de Casandra, de la heroína como encarnación de glosolalia... No sabría localizar un contacto primero con ella. Lo que sí recuerdo es la tutoría en la que Nicole Loraux, tras atender pacientemente a mi exposición, seguro que errática, sobre la presencia femenina en la *Orestía* de Esquilo, me aconsejó con la firmeza que la caracterizaba que partiera de la profeta Casandra y de su entorno inmediato, que no era restringido, pues afectaba a los griegos y a sus enemigos históricos por excelencia: los persas de Darío y Jerjes.

¿Qué le motivó a embarcarse en los estudios de Historia antigua y por qué en el extranjero?

En realidad, primero fue “el extranjero” y, una vez en Francia, los estudios en *Anthropologie des sociétés anciennes*, que en 1987 el Ministerio de Cultura convalidó por Historia antigua como equivalente español más cercano.

Todo empezó sin proyecto previo, con la simple decisión de aprender el idioma de un país vecino. Cuando se vive a pocos kilómetros de una frontera, la tentación de cruzarla deviene todo un reto para los jóvenes, una especie de rito iniciático que puede consistir en pasar un día de compras “al otro lado” –como llamábamos a Francia–, en pasar allí un verano *en liberté* o toda una vida. En mi caso, no hubo más proyecto que el de consolidar en unos meses el idioma del país vecino. Lo que hubo fue el descubrimiento, más allá de la *Alliance française*, de deslumbrantes

escenarios culturales, en el sentido más amplio de la palabra “cultura”. La buena acogida de Nicole Loraux en el de *Antropología histórica* de la Grecia antigua fue determinante para que eligiera continuar en París mientras mis mejores amigos disfrutaban la experiencia singular de vivir la Transición española con veinte años.

La década larga que vivió en París coincidió con un momento álgido de la vida intelectual de la metrópolis, de modo que pudo escuchar a figuras tan determinantes en el pensamiento moderno como Michel Foucault o Claude Lévi-Strauss. ¿Cómo recuerda aquellos años?

Pues fue un tiempo de debates plenos de contenido, la época de la muy ilustrada contracultura, diría yo para escándalo de *bienpensantes*. Aquel ambiente emanaba de diversas instituciones universitarias sitas en la *Rive gauche* y se abría por completo a la ciudad. Se trataba de un ambiente nada dramático, si se compara con el tremendismo que presidía la vida intelectual española, también muy activa en aquellos años. El entorno estudiantil y artístico tenía mucho de festivo. Se suponía que la deconstrucción de las ideas preconcebidas desembocaría en un aprendizaje constructivo. Y, en gran medida, así ocurrió.

En los textos de sesgo historiográfico que he ido publicando en las dos últimas décadas suelo sentir la necesidad de evocar aquella atmósfera intelectual que se generaba en las aulas parisinas e impregnaba largas tertulias de café. Aquella manera de vivir parecía estar tan arraigada en la ciudad que era imposible prever un desvanecimiento tan súbito como el que tendría lugar al poco tiempo, cuando fueron trasladando a las afuera los centros de enseñanza superior. En cuanto al *Centre Louis-Gernet*, puede decirse que, con el fallecimiento de sus fundadores, en los primeros años del siglo XXI, se evaporó la creatividad que aquellas mentes preclaras regalaban a los Estudios clásicos e incluso a la propia Historia contemporánea del siglo XX, si consideramos la firmeza con la que se posicionaron en contra de las dictaduras y del negacionismo de la crueldad nazi.

Duele ahora recordar aquellos años –con el socialismo estrenándose en los gobiernos francés y español– en los que se redefinía la noción de una Europa asociada al triunfo de los valores democráticos, a aquel Estado de derecho cuyas bases se están pisoteando impunemente en este inicio de 2025. Sin duda, la reconquista del poder por parte de la extrema derecha está bloqueando la práctica democrática, convirtiendo el debate político en bufo espectáculo mediante una desinformación que, por lo que tiene de premeditada, es absolutamente perversa. Está ocurriendo lo que para mi generación era impensable: la vuelta del “gobierno al dictado”, el imperio de la fuerza inhumana. Una tendencia que, por supuesto, va relegando a la dialogante Atenas de la *Demokratía* como objeto de estudio y de particular atención.

En cuanto a la Antigüedad griega propiamente dicha, era el tiempo de Jacqueline de Romilly en la Sorbona y de Claude Mossé en St. Denis, así como de Jean-Pierre Vernant, Pierre Vidal-Naquet y Nicole Loraux en el Centre Louis-Gernet al que estuvo adscrita hasta la obtención del Doctorado, ¿qué tal fue su experiencia como discípula?

Bueno, los profesores del *Louis-Gernet* eran muy reacios al empleo de términos como “maestro” y “discípulo”, o sea, de expresiones que marcaran una relación jerárquica entre personas. Al mismo tiempo, su presencia inspiraba un respeto profundo. Sus clases magistrales, de dos horas, jamás eran interrumpidas. De modo que se imponía desarrollar una gran capacidad de atención y de síntesis de lo escuchado. El turno de preguntas estaba implícitamente reservado a profesores y alumnos ya muy avanzados en sus doctorados, lo que añadía a las sesiones una parte final que resultaba tanto más ilustrativa por su forma dialogante. Ya he tenido ocasión de evocar estas “formas docentes” en textos dedicados a estas “modernas figuras del saber” que siguen manteniéndose como referentes en la medida, al menos, en que todavía no ha nacido una nueva “quinta” con aquel nivel de creatividad, de sentido ético y de una erudición que hasta podría resultar anacrónica en nuestro tiempo de Google.

Cuando le tocó a usted impartir docencia, ¿sintió que debía mantener aquel sistema de magisterio?

Tanto aquellas sesiones como mis primeras clases en la Universidad del País Vasco, allá por 1987, quedan ya muy lejos, pero yo diría que sí. El formato europeo de clase magistral se prolongó hasta los inicios del nuevo siglo, interrumpido entonces por la llegada del PowerPoint a

las aulas. En poco tiempo, la concentración del alumnado se hizo altamente dependiente de las imágenes que, más allá de los tradicionales mapas y esquemas, aportaban a la exposición oral un dinamismo desconocido. De hecho, tras la traumática experiencia de la pandemia, resultó ya impensable impartir una clase o conferencia prescindiendo de su ilustración en pantalla. Y, sin duda, el futuro de la docencia en Historia pasa en gran medida por los resultados espectaculares que están consiguiendo los Proyectos 3D. Defiendo a ultranza el uso docente de este tipo de material, siempre, claro está, que sea el resultado de una investigación íntegra.

¿Hasta qué punto las nuevas formas de enseñanza influyen en el contenido de la docencia?

A pesar de la multiplicidad de herramientas de las que me he servido a lo largo de treinta y seis años de experiencia docente, en el aula siempre he repercutido el mismo enfoque antropológico de la Historia antigua aprendido “al otro lado” de aquella frontera que, por fortuna, se desdibujó cuando entramos a formar parte de la Comunidad Europea, allá por los primeros ochenta. En este momento, concibo dicho enfoque antropológico como el último realmente innovador, transformador, que se aplicará al pasado de Occidente. Por primera vez con el docto Louis Gernet los helenos fueron considerados desde una perspectiva global y progresista que sus discípulos enriquecieron y supieron difundir. Es decir, la perspectiva antropológica incidió en rasgos inadvertidos de la “mitificada” cultura helena, conectándola en términos de igualdad con otras culturas. Y es que el estatus distinguido de lo que hemos conocido como cultura occidental pronto será relegado. Claro síntoma de ello es, por ejemplo, el desarrollo de los *Postcolonial Studies*, tan vigorosos como cargados de buenas razones. Los acostumbrados a prestar atención a la Historia antigua visualizamos sin esfuerzo el eje del futuro en el lejano Oriente.

¿Podría explicar el papel de la Antropología en su interpretación y análisis de la Historia?

He dedicado diversas publicaciones a presentar de forma comprensible la formación y desarrollo de la *Histoire anthropologique* propuesta por Louis Gernet en los años sesenta del pasado siglo y el desarrollo/difusión logrados por sus alumnos más directos. De forma que me limitaré a plantear aquí un paralelismo con los *Gender Studies*, concretamente, con la dificultad que estos entrañan al requerir para su desarrollo conocimientos de fuentes literarias, arqueológicas y artísticas, así como aproximaciones a las mismas históricas, filosóficas, semióticas, sociológicas... Pues bien, ese punto de vista multifocal en el desarrollo de un tema de estudio concreto es el que preside la Antropología histórica, el tipo de enfoque que, con el tiempo, ha terminado por moldear muchos aspectos de la Historia antigua, aunque no se cite explícitamente como método elegido.

A finales de los ochenta, al ser contratada por la UPV/EHU, tomé conciencia de lo delimitadísimo que estaban estas disciplinas en el “mundo real” de los departamentos universitarios –o satrapías, como solían identificarse en la época–. La atención que me prestaron desde el primer día aquellos alumnos de los primeros cursos fue mi mayor motivación para ir labrando, clase a clase, una ruta que respetara el programa estrictamente cronológico de cada asignatura con información sobre las religiones, la legislación, la vida doméstica, etc. de las sociedades en cuestión.

Aquel ejercicio me enseñó muchísimo. Puede que en mi currículum la etapa parisina resalte por lo inusual, pero desde mi perspectiva, el Campus de Álava de la Universidad del País Vasco fue el escenario de mi experiencia académica más determinante: los treinta y seis cursos de docencia en Grado y Postgrado, en Filología clásica, en Historia antigua, en Historia del arte... Esta experiencia docente fue complementándose con intervenciones en otras muchas universidades que me permitieron contactar con muy buenas gentes de la profesión y conocer metrópolis de obligada visita.

Se refiere a centros universitarios tan diversos como los de Pisa, Boston, Ciudad de México, Buenos Aires, Toulouse... ¿Ha notado diferencias significativas entre los intereses de estas universidades extranjeras y los propios de universidades españolas?

Los diversos centros universitarios a los que me acerqué en todos estos países tenían por común denominador el conocimiento de la “École de Paris” y la simpatía hacia sus propuestas.

Las estancias en Harvard y en diversas ciudades de Francia e Italia fueron verdaderos respiros en los que pude observar otros métodos pedagógicos. Recuerdo como especialmente importantes por lo emotivo y lo científico a la vez las intervenciones en América latina, pues me descubrieron aproximaciones a los clásicos sorprendentemente dinámicas. De resultas, me pareció urgente establecer lazos institucionales entre la UPV/EHU y los sólidos docentes con los que había contactado en la argentina UBA o en el Instituto de Filología la UNAM. Lo intenté con tesón durante el par de décadas que fui investigadora principal de proyectos I+D y si estoy satisfecha de aquel esfuerzo es porque siento que actué de forma muy coherente con mis convicciones, no precisamente por el resultado obtenido, porque fue nulo. En los primeros años 2000 era un imposible, en especial por una especie de desconfianza que, en mi universidad, se unía a la total falta de recursos administrativos para oficializar las estancias de profesorado y alumnado, o sea, acciones que poco después se convirtieron en habituales. La actual incertidumbre en el ámbito universitario, así como el impactante surgimiento de los movimientos poscoloniales a los que antes me refería, está cambiando aquella voluntad de intercambio, aquella actitud tan positiva presidida, además, por la reciprocidad. Repito lo mucho de razonable que reconozco en el contenido en dichos movimientos, aunque sus teóricos olviden a menudo que el relato poscolonial bebe de fuentes nacidas en el propio Occidente colonial. Mis palabras pueden parecer un galimatías, pero así de complejo es el fenómeno.

En el libro que, como editora, subtítulo *Desde el observatorio de París* se menciona que el posicionamiento ideológico del investigador orienta el objetivo de la investigación. ¿Piensa que la relación entre dicho posicionamiento y la interpretación de los datos es bidireccional?

Las búsquedas de los investigadores, el tipo de preguntas que plantean a las fuentes, están inevitablemente condicionadas por el contexto ideológico, económico, etc. en el que el investigador se desenvuelve, así como por su permeabilidad o resistencia a dicho contexto. La historiografía bien contextualizada geográfica y cronológicamente procura muestras clarísimas y permanentes de las inclinaciones de los investigadores, en especial cuando se trata de mentes ya formadas. Y creo que sí podemos hablar de un fenómeno bidireccional. Sobre todo, si pensamos en jóvenes investigadores, una lectura honrada de las fuentes clásicas permite perfilar más los principios éticos y estéticos del estudioso, lo que puede desembocar en una corrección de posicionamientos. En cierto modo, sería deseable que así fuera, que la investigación fuera sinónimo de cuestionamiento permanente de las ideas recibidas y preconcebidas. Este es un gran debate de la disciplina histórica. Un debate perturbador que los historiadores tardaron mucho tiempo en afrontar, pues afecta nada menos que a la objetividad sin cisura sobre la que deberían elaborarse sus obras.

¿La forma en que aborda el estudio histórico ha influido en su manera de analizar y de entender los eventos políticos actuales?

Por supuesto, la mirada desde la Antigüedad permite percibir la complejidad de muchos fenómenos políticos actuales que, en general, se interpretan como novedosos y no lo son. Un ejemplo: la cuestión de la necesidad del rearme en Europa para mantener la paz –muy en boga en este momento de la guerra de Ucrania– es una paradoja que el régimen democrático viene afrontando desde sus inicios. Los griegos tenían dos divinidades de la guerra para explicar tal desajuste: Ares, dios de la ofensiva sanguinaria, de la feroz guerra civil, y Atenea, soberana de las tropas disciplinadas, de la guerra defensiva. Sería fácil admitir la necesidad de armas para disuadir al posible invasor si no fuera porque suele ocurrir que las potencias económicas poderosamente armadas tienden a caer en la tentación de ampliar sus dominios, de emprender guerras de conquista como las que forjaron el propio Imperio ateniense tras las Guerras médicas. Observada desde la profundidad histórica, la paradójica propuesta de “un rearme por la paz” revela todo su dramatismo, denuncia nuestra incapacidad para eludir el instinto ancestral de la lucha en el sentido más primario de la palabra.

Ahora bien, contrariamente a lo que podría parecer, esta idea de que la observación de la Antigüedad dota de profundidad a eventos modernos está muy alejada de la creencia en el “eterno retorno” o de la opinión de que “la historia siempre se repite”. “La Historia nunca se repite

en los mismos términos”, acostumbraba a recordar Jean-Pierre Vernant. Otro principio que él juzgaba básico para la labor historiadora.

Su tesis doctoral, presentada en 1986, fue pionera en señalar la polaridad entre el *logos* masculino y la palabra enigmática femenina. Sin embargo, en sus investigaciones posteriores sugiere que la polaridad de los sexos no organiza de manera determinante a la sociedad. ¿Acaso no se trata de dos posiciones que sería necesario reconciliar?

Vayamos por partes. En primer lugar, me gustaría recordar que mi tesis no debería ser leída como un producto de la Historia social en exclusiva. El subtítulo referido a “las figuras del enigma en el pensamiento griego” señala con bastante claridad que las tradiciones literaria y artística no siempre podían considerarse como noticias fidedignas sobre los *realia* o la realidad histórica griega. Esta es otra consideración básica en la modernidad: la importancia de calibrar la subjetividad del relato, incluso cuando este se presenta como propiamente histórico; la importancia de saber hasta qué punto las fuentes antiguas aportan una información fidedigna de la sociedad a la que se refieran y también hasta qué punto un determinado autor informa de forma no premeditada, como “sin querer” o entre líneas. Así pues, retomando al pie de la letra la primera parte de la pregunta –“Su tesis de 1986 fue pionera en señalar la polaridad entre el *logos* masculino y la palabra enigmática femenina”–, me parece básico subrayar que, precisamente, mi tesis quebró la polaridad establecida entre el “discurso” como rasgo de masculinidad y el “silencio” considerado como el mejor de los adornos femeninos, según afirmaba una célebre sentencia griega. El núcleo de aquel trabajo doctoral fue el capítulo que titulé “Entre el silencio y el discurso”. En ese intermedio, en el “entre”, se situaba el lenguaje oscuro y enigmático, pero lenguaje, al fin y al cabo, al que, según ponía de manifiesto la lectura de las fuentes que presenté, los pensadores griegos se refirieron con regularidad. Es decir, mi tesis sobre la palabra enigmática de las heroínas trágicas, lejos de subrayar la muy trillada polaridad sexual, modulaba dicha polaridad o, si se prefiere, la deshacía como tal.

Además, está la atención que he prestado desde mis primeras publicaciones hasta las más recientes a los seres híbridos –las mujeres de poder, los hombres afeminados, las bestias de rasgos humanos o los humanos con rasgos de divinidad– tanto en el ámbito mitológico como en el social. En efecto, mi idea es que ni siquiera en el plano de los *realia* griegos se puede constatar un funcionamiento constantemente sujeto a esa polaridad de género que de forma tan categórica sentencian, por ejemplo, Demóstenes o Jenofonte. Como digo, la atención a la mixtura, a lo híbrido, vertebraba el conjunto de mi trayectoria (aunque no me convendría recordarlo ante el reciente empeño de determinadas autoridades anglosajonas por impulsar el retorno a los dos géneros tradicionales: masculino y femenino).

En fin, admito que mis textos tengan diversos planos de lectura. Pero, si se me pide señalar una línea progresiva en ellos, dicha línea avanzaría desde la tímida percepción de la mixtura de opuestos en la poesía arcaica o en los trágicos –la sabiduría de la felina Esfinge– hasta un abierto interés por los matices que ponen de manifiesto una fluidez constante entre los polos que el discurso hegemónico define como opuestos.

Como digo, ni mi tesis ni ninguna de las que se estaban elaborando en el ámbito del *Louis-Gernet* de los primeros años ochenta se limitaba a repasar listados de polaridades establecidas. De hecho, Jean-Pierre Vernant tomó muy pronto distancia del método estructuralista basado en analogías y polaridades. Aunque es cierto que esta declaración explícita de principios metodológicos sigue siendo bastante desconocida. Y es que la vida en blanco y negro resulta tan fácil de entender...

¿Cómo percibe la evolución de la investigación en historia antigua y ciencias sociales en los últimos años? ¿Existen áreas específicas en las que le gustaría ver un mayor desarrollo?

Si plantea esta pregunta a una docente recién jubilada, tiene muchas posibilidades de recibir una respuesta lastimera. La prueba: me escandalizan los recortes en todo tipo de investigación, el cierre de laboratorios, me parecen lamentables los contratos-basura en los primeros años de actividad docente, el aumento incesante de los trámites burocráticos que entorpecen la actividad académica, y muy inquietante también la tendencia a la privatización, el auge de las

universidades privadas que no pasan las mismas pruebas de rigor que las públicas...

Al mismo tiempo, admiro los avances de la informática en la elaboración de bases de datos –de inscripciones inéditas o desconocidas hasta el momento, por ejemplo– cada vez mejor adaptadas a la investigación histórica. Los investigadores más jóvenes se están especializando en la elaboración y el manejo de este instrumental asombroso que renovará por completo los temas y enfoques relacionados con el estudio de la Antigüedad.

Todo ello con el permiso, claro está, de la *kakistokratía*, en el sentido de “gobierno de los peores”, que desde el pasado mes de enero siembra el desconcierto a capricho y crea tendencias temibles como la de atacar la libertad académica al tiempo que, como decía, anima a recortar más y más la financiación de las universidades públicas. Resulta escalofriante admitirlo, pero se está cuestionando la democratización de la enseñanza superior conseguida en el último tercio del siglo pasado, esa seña de identidad de la cultura de la paz y el bienestar.

¿Cuál considera que ha sido su mayor motivación para perseverar en la investigación y la enseñanza?

Creo que a esta pregunta puedo responder con dos verbos: aprender y transmitir. El objetivo de transmitir lo aprendido, ya fuera en el aula o por escrito, fue mi mayor estímulo. El trabajo universitario exige un equilibrio entre impartir clases y publicar que es difícil de obtener. El antiguo sistema de asignaturas anuales permitía conocer mejor al alumnado. Por el contrario, con las asignaturas cuatrimestrales las promociones de alumnos pasan a toda velocidad ante el profesorado de modo que este apenas puede procurar una ayuda personalizada al alumnado. A favor de este nuevo sistema cuenta que, al liberar de clases un cuatrimestre entero, favorece la investigación, aunque sea a costa de una gran acumulación de estrés.

¿Cómo se siente al recibir un doctorado *honoris causa* de la Universidad de Oviedo, una institución con la que ha mantenido una estrecha vinculación durante muchos años?

Recibir un reconocimiento tan significativo e institucional al término de una larga vida facultativa da muchísima paz, le convence a una de que algo hizo bien, de que su esfuerzo docente e investigador alcanzó cierta proyección social. El hecho de que la Universidad de Oviedo me resultara familiar por los cursos dados y, viceversa, por la amabilidad y el saber allí recibidos en tantas ocasiones –con las profesoras Rosa María Cid y Amparo Pedregal como anfitrionas primeras–, me inspira sincera y profunda gratitud. Además, contrariamente a lo que temía, viví la ceremonia con gran placidez, pues los organizadores supieron conducir con calma y hasta abierta simpatía el rígido protocolo que la Universidad de Oviedo conserva como patrimonio inmaterial. El hecho de que, como recalqué en mi discurso de investidura, aceptara la deferencia en nombre de una generación de estudiosas atrevidas e innovadoras, no impide que me sienta personalmente afortunada.

¿Está trabajando en algún proyecto nuevo o en una línea de investigación que le entusiasme particularmente en este momento?

Para serle sincera, lo que hago en este momento es preparar un viaje a Egipto que realizaré en los próximos meses. Impartir la Historia más antigua de la Tierra del Nilo nunca me resultó fácil, la verdad. Puede que esta sea la ocasión de proceder a un comparatismo jugoso con algún aspecto concreto del país de los helenos.

¿Hay alguna obra, ya sea clásica o contemporánea, a la que siempre vuelva?

Las fuentes de la Grecia arcaica y clásica no son infinitas. Vuelvo una y otra vez a ciertas escenas épicas, a determinados versos trágicos, a párrafos decisivos de los padres de la Historia... Y vuelvo a menudo a las mismas salas de museos. El tiempo se parará siempre para mí ante las esculturas del Museo de la Acrópolis, ante la Colección Campana en el Louvre o ante la Copa de Aison en el MAN de Madrid. Las fuentes clásicas, fuentes de ideas y de placer, siguen mandando copiosamente.

También me gusta reavivar mi adormilado francés con clásicos de nuestro tiempo, como Marguerite Yourcenar, por ejemplo. Pero en literatura, como en cine, encuentro un placer especial descubriendo nuevas voces y panoramas, adentrándome en lo por-conocer.

Rememorando una pregunta que usted misma planteó en una entrevista a un catedrático recién jubilado: ¿tiene la impresión de haber llegado a Ítaca?

Uy, ahora me doy cuenta de lo difícil que es la respuesta a esta pregunta; sin duda, entrevistar es mejor que ser entrevistada. En fin, lo intentaré recordando que, al tomar tierra, Ulises siente por los momentos de gloria vividos en el campo de batalla esa misma nostalgia que, en el frente, sentía por el “dulce hogar” de Ítaca. Y es que la jubilación es pérdida. Por mucho reconocimiento que suavice la metamorfosis, la jubilación es una despedida difícil de gestionar. Con ella se evapora nada menos que la identidad elaborada tan costosamente durante décadas de trabajo e independencia. Hay días en los que esa pérdida duele y otros días en los que se vive como liberación, como si se soltara un peso descomunal, la verdad. Alcanzar aquella Ítaca que en el poema de Cavafis importa menos que el propio camino de vuelta también puede significar reinstalarse en un punto de partida desde el que observar lo ya concluido. Este panorama alivia de muchísimas presiones, aleja del mal, aporta una inesperada “felicidad tranquila”.